

# Desafectos secundarios

TONI SOLER

LA VANGUARDIA, 24.01.10

## ELECTORES.

En una celebrada viñeta de EL ROTO, un político sin rostro resumía su pensamiento con una propuesta inhabitual: "¡Perfeccionemos la democracia! -exclamaba-, ¡elijamos nosotros a los electores, y no al revés!". Bien, algo hay de eso en la vida real. Ya no hay sufragio censitario, ni discriminación femenina, pero los políticos determinan la anchura del cuerpo electoral; usan el pasaporte para decidir quien vota, y la proporcionalidad territorial para decidir cuánto vale su voto. No es un tema baladí, como lo demuestra la incapacidad de los partidos catalanes para pactar la nueva ley electoral, esa que -para nuestra vergüenza- esperamos desde 1980. Y a pesar de ello, estoy seguro de que muchos de nuestros políticos profesionales sueñan, como el protagonista de la viñeta de EL ROTO, con un sistema electoral en el que su éxito y su fracaso no esté en manos de unos millones de votantes caprichosos e impresionables. Y ustedes qué saben, se preguntan, como los despóticos ilustrados. Se lo deben de preguntar, seguro, después de ver el último sondeo del Centre d'Estudis d'Opinió (CEO), que demuestra que "más de la mitad" de los catalanes no sabe ni siquiera qué partidos forman el Tripartito (y el sondeo no dice cuántos, entre los que aciertan, han respondido a voleo). El desinterés popular por la política -por lo público en general- es antiguo y notorio en este país, en el que durante siglos el gobierno fue lejano y hostil. Da igual que ahora lo llamen desafección, y da igual también que haya motivos de sobra para desafeccionarse. En efecto, podemos licuarnos en una catarata de reproches a nuestra clase

dirigente, pero con datos como los del CEO, uno se pregunta a qué viene tanta queja, tanto rajarse de los infames políticos, si tantísimos catalanes no saben prácticamente ni en qué país viven ni quién manda aquí. Y si alguien osa reprochárselo, se escudan en que los políticos no saben explicarse o no hablan de lo realmente importante.

## **POPULISMO.**

Considerar que los pobrecitos catalanes sufren a unos políticos que no merecen, que están fuera de órbita -o en la estratosfera, como diría Alfonso Guerra (el que presume de cepillarse el Estatut)- es populismo del malo, aunque pueda resultar útil a los que tienen que justificar su insignificancia electoral. Lo cierto, la triste realidad, es que nuestros políticos - como nuestros empresarios, nuestras asociaciones de vecinos y nuestros cantautores-son un fiel reflejo de esta sociedad, en la misma medida en que lo somos todos. Los defectos de la casta política son conocidos y enumerados a diario, satirizados cada semana (qué les voy a contar), y evocados cada vez que en un restaurante de menú el camarero anuncia que de segundo hay "peus de ministre". Pero quizá convendría recordar que entre los millones de catalanes desafectos hay muchísimos que, por ejemplo, no tienen el más mínimo interés en nada que no sea su propio bolsillo, las infidelidades de su vecina o el próximo partido del Barça. Y también la Constitución... pero sólo para saber si bajo su manto cabe la exclusión de Karmele de la carrera eurovisiva. Este país, en suma, está lleno de inanes, de listillos, de quejicas y de egoístas. Hay gente que protesta por todo y nunca propone nada. Gente que lo arreglaría todo a hostias y gente que siempre culpa al vecino, sobre todo si es extranjero. Gente que exige pero no tolera que le exijan. Y son estos los que, antes que nadie, culpan de todo a los políticos, porque es gratis, siempre queda bien, y da trabajo a los sociólogos.